

## UNA LECTURA DE «LOS ERUDITOS A LA VIOLETA»

En agosto de 1768 redactó probablemente José Cadalso su explosivo *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*, sátira contra la alta sociedad y aristocracia madrileñas, que le iba a costar el destierro de la Corte\*. Dos años más tarde, en 1770, la protección del conde de Aranda lo devuelve a Madrid. Pero ya no es el mismo. Del joven triunfador mimado por la sociedad, ilustrado y optimista, ha surgido otro hombre, desengañado y escéptico. Su carrera militar, por otra parte, no acaba de alcanzar el brillo que él hubiera deseado. En esas circunstancias conoce a la joven actriz María Ignacia Ibáñez, que tan importante papel habría de desempeñar en su vida. Al mismo tiempo, se dedica de lleno a los quehaceres literarios e intenta estrenar dos tragedias, ambas de corte neoclásico y contenido prerromántico. La primera de ellas, *Solaya o los circasianos*, hoy afortunadamente recuperada por los buenos oficios de Francisco Aguilar Piñal, no consigue la aprobación de la censura; la segunda, *Don Sancho García*, logra estrenarse y, pese a los atractivos y buen hacer de la protagonista —la propia María Ignacia Ibáñez—, constituye un rotundo fracaso.

La actriz morirá pocos meses más tarde, en abril de 1771, lo que no dejó de contribuir a fomentar el pesimismo de su enamorado. Pues bien, sabemos que en el momento de esa muerte Cadalso se encontraba escribiendo sus *Eruditos* (1).

En la imprenta de don Antonio de Sancha, y en el año de 1772, ve la luz un librito de sesenta y ocho páginas intitulado *Los eruditos / a la violeta, / o / curso completo / de todas las ciencias, / dividido en siete lecciones / para los siete días / de la semana. / Compuesto / por Don Joseph / Vázquez, / quien lo publica en obsequio / de*

---

\* R. Foulché-Delbosc publicó el *Calendario* por vez primera en el tomo I (1894) de la *Revue Hispanique*. Ahora acaba de ser reeditado (Madrid, CSIC, 1982), por Nigel Glendinning, con motivo del segundo centenario (1782-1982) de la muerte de su autor.

(1) Cf. N. Glendinning: «Introducción» a *José Cadalso: Los eruditos a la violeta*, Salamanca, 1967, p. 15: «Cadalso escribió parte de sus *Eruditos a la violeta* después del mes de agosto de aquel mismo año [1771], ya que fue entonces cuando se publicó uno de los libros que se citan en esa obra.»

los que pretenden / saber mucho, / estudiando poco (2). «Joseph Vázquez» es, evidentemente, Cadalso, cuyo apellido materno era Vázquez. A raíz de los problemas de censura habidos con su tragedia *Solaya*, nuestro escritor se acostumbró a utilizar pseudónimos. Primero fue «Juan del Valle», con el que firmó *Don Sancho García* (1771). En este caso es «Joseph Vázquez», bastante más cercano a su nombre verdadero.

Parece que el antedicho folleto obtuvo buena acogida de público. Prueba manifiesta de ello es que 1772 contempló dos impresiones del mismo, corrigiendo la segunda las erratas anunciadas en lista por la *princeps*. No nos llamemos, sin embargo, a engaño. El número de ejemplares de la primera tirada no debió ser muy grande. «¿Pudieron, en efecto —se pregunta Glendinning—, imprimirse en 1772 mil quinientos ejemplares de los *Eruditos*, cuando toda la edición (salvo 27 volúmenes) se hallaba vendida antes de que el anuncio de su publicación apareciese en la *Gaceta de Madrid*, esto es, antes del 13 de octubre?» (3). Sea como fuere, Cadalso tuvo ocasión de saborear por vez primera los laureles del éxito. Un éxito que lo indujo a publicar, a fines de ese mismo año, un *Suplemento / al papel / intitulado / Los eruditos / a la violeta, / compuesto / por Don Joseph / Vázquez*, 82 páginas que fueron asimismo impresas en las oficinas de Sancha. Un éxito que lo induciría a escribir más tarde un breve opúsculo rotulado *El buen militar a la violeta*, que no aparecería sino póstumamente (1790) en Sevilla.

Junto a *Eruditos* y *Suplemento* se ha venido editando, a partir de la edición de Hernández Pacheco (Madrid, 1781) un papel breve y mordaz, fechado en Madrid el 10 de noviembre de 1772, que tiene por nombre *Junta que en casa de Don Santos Celis tuvieron ciertos eruditos a la violeta; y parecer que sobre dicho papel ha dado el mismo a Don Manuel Noriega, habiéndosele éste pedido con las mayores instancias desde Sevilla*. El libelo está presentado en forma de carta y es obra del poeta asturiano Manuel Santos Rubín de Celis y Noriega, quien reparte ficticiamente su nombre entre remitente y destinatario. Rubín de Celis es el mismo que años después dirigiría *El Corresponsal del Censor*, periódico bisemanal considerado por la crítica como la más importante continuación de *El Censor*. A pesar de los atractivos culturales que presenta el personaje que redactó la

---

(2) Biblioteca Nacional de Madrid, signatura 3/35887. Una buena descripción del libro puede encontrarse en *La imprenta de don Antonio de Sancha (1771-1790). Primer intento de una guía bibliográfica para uso de los coleccionistas y librerías*, de Antonio Rodríguez-Moñino (Madrid, Castalia, 1971, p. 46).

(3) N. Glendinning, en *Historia de la literatura española* (ed. R. O. Jones), IV, *El siglo XVIII*, Barcelona, 1973, p. 37.

*Junta*, su inclusión en el *corpus* de los *Eruditos* no deja de ser absolutamente arbitraria y obedece tan sólo a intereses privados de editores desaprensivos.

*Los eruditos a la violeta*, pues, albergan tres opúsculos cadalsianos: los *Eruditos* propiamente dichos, el *Suplemento* publicado ese mismo año y el póstumo *Buen militar* (no incorporado junto a los anteriores hasta 1818, fecha de la segunda edición de las *Obras* de Cadalso por Repullés). Veamos brevemente el contenido de los tres folletos (4).

El primero de ellos se abre, tras una «Advertencia» preliminar explicativa y redundante, con una «Dedicatoria a Demócrito y Heráclito», filósofos a los que una antigua tradición relacionaba simbólicamente con la risa y el llanto. Motivo de carcajadas, pero también de lágrimas, vienen a ser —dice el autor— estos pseudoeruditos perfumados con agua de violeta, exteriormente sapientísimos e interiormente analfabetos. Y acaba: «Júpiter os guarde de todo mal; pero, sobre todo, de un mal erudito» (5).

El hecho de que Cadalso divida sus lecciones entre los siete días de la semana puede ser un recuerdo de la educación jesuítica que recibió, pero también puede tratarse de un intento de ridiculizar a cierta «academia» existente en Azcoitia desde 1748, más o menos, cuyos miembros, despectivamente conocidos como «caballeritos de Azcoitia», organizaban sus reuniones y charlas culturales de acuerdo con el siguiente programa: los lunes, matemáticas; los martes, física, etc. (6).

En la primera lección, correspondiente al lunes, el profesor a la violeta que enmascara a Cadalso explica a sus discípulos la idea general de las ciencias, su objeto y uso y las cualidades que deben adornar a todo buen alumno violeto. «Las ciencias —dice el ilustrado pedagogo— no han de servir más que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de poderosos y cafés, i para ensobrevcernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables e infundirnos un sumo desprecio para con todos los que no nos admiren. Este es su objeto, su naturaleza, su principio y su fin» (7).

---

(4) Citaré *Eruditos*, respetando ortografía y puntuación originales, por la segunda tirada de la *princeps* (1772), y *Suplemento* por la primera edición, de ese mismo año. Para *Buen militar* me sirvo de la edición moderna de *Eruditos* llevada a cabo por R. Miquel y Píanas (Madrid, Librería de los Bibliófilos Españoles, 1928, pp. 297-324 del tomo, que, por cierto, está espléndidamente impreso).

(5) P. 4.

(6) Cfr. R. P. Sebold: *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España*, Madrid, 1974, páginas 242-243.

(7) Pp. 7 y 8.

El martes es el día relativo a la poesía, a la ciencia poética y retórica. Aquí no puede evitarse el recuerdo de las palabras que a Cervantes dirige su fingido amigo en el «Prólogo» del *Quijote*: «En lo de citar en las márgenes de los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscallo...» (8). Al futuro erudito a la violeta no se le pide siquiera oportunidad en sus citas. Basta con que pondere la imaginación de Homero (aunque no sepa en qué la utilizó), la sublimidad de Píndaro o la dulzura de Anacreonte. En estas páginas es donde Cadalso se conduce con más libertad, extensión y familiaridad. Por entre las continuas referencias latinas y españolas —armas imprescindibles en boca de un violeto *comme il faut*—, Cadalso proporciona al lector pinceladas personales y apuntes críticos muy curiosos. Por ejemplo, al referirse al teatro clásico francés, emite un juicio muy concreto sobre la *Fedra* de Racine, que, evidentemente, entrañaba una gran originalidad en el momento histórico en que se escribió: «Y también callaréis que en la tal Phedra hay una relación campanuda, hinchada y pomposa de la misma naturaleza que la que critican tanto en nuestro pobres autores del siglo pasado» (9). Es un detalle muy significativo del pensamiento literario y del credo estético de Cadalso, reacio a normas rígidas de corte clasicista (por más que las acatara en ocasiones, como buen hijo de su siglo) y abogado precursor de la libertad romántica: «Si Calderón, Lope, Moreto, Solís, Zamora, Cañizares y los otros de aquella secta no quisieron ceñirse a las reglas del théâtre, fue meramente porque no quisieron, y que en language, idéa, y desenlace fueron originales» (10). Aquí ya no es el profesor a la violeta quien habla, sino su doble Joseph Vázquez. Esta reivindicación de nuestro teatro barroco constituye un rasgo de modernidad muy notable. Burla burlando, y entre chiste y chiste, Cadalso se nos va retratando en punto a gustos literarios, y lo va haciendo casi sin saberlo, absorbido quizá por el mensaje puramente satírico que se propone transmitir.

El miércoles le corresponde a la filosofía antigua y moderna, materia de la tercera de las lecciones. En este caso, la originalidad de Cadalso es prácticamente nula. Se limita a recomendar a los futuros violetos un manual francés en dos tomos: *Histoire des philosophes anciens* e *Histoire des philosophes modernes*, de Alexandre Savérien.

(8) E. Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1972<sup>4</sup>, p. 15.

(9) P. 21.

(10) P. 22.

Curiosas son, sin embargo, algunas definiciones de términos filosóficos que el maestro brinda a sus discípulos, aunque no falte tampoco en ellas la referencia Savérien.

La cuarta lección (jueves) versa sobre el derecho natural y de gentes. La quinta, sobre teología. En esta última lección, correspondiente al viernes, abundan los chistes felices y es importante señalar la libertad escéptica con que Cadalso trata los asuntos de religión. Singular es que haya situado, al lado de la teología, rudimentos de mitología e incluso de historia de las religiones. Se diría que el profesor violeto tiende a considerar el fenómeno teológico en su dimensión mitológica y no en la de una religión totalizadora e indiscutible. Hay que tener en cuenta que los *Eruditos* se publican el mismo año en que se completa el *corpus* de la *Enciclopedia* francesa al cuidado de Diderot y D'Alembert. Por más que, y en contraste con los 28 volúmenes que componen el diccionario más famoso del mundo, los *Eruditos* no pretendan ser sino una pseudoenciclopedia para ignorantes presuntuosos y pedantes afectados, las coincidencias temporales son siempre significativas. También en España se iba abriendo paso el nuevo espíritu ilustrado, del que José Cadalso es miembro y representante de excepción.

El sábado es el día de la ciencia matemática y de la astronomía. Como militar que era, Cadalso habría de conocer con cierta profundidad las matemáticas que su profesión requería. El estilo sigue siendo, empero, superficial y chistoso, sin notables hallazgos expresivos, pero con la frescura y espontaneidad que proceden de la utilización de un lenguaje cotidiano y conversacional y que hacen que la lectura no pierda interés, aun en estas lecciones más farragosas, tanto para el futuro violeto como para el lector de hoy.

La séptima lección recoge, en abigarrada miscelánea, aquellas disciplinas no abordadas por el maestro en los anteriores días de la semana. El propio pedagogo nos lo dice con irónicas palabras: «Hoi Domingo, despues de encargáros que repaséis las lecciones de los anteriores dias, algunas veces, mientras os cepillan el vestido, ò mientras arrima el coche, os digo que no basta el profundo conocimiento que os he inoculado (qué alusion à las víruelas!) con sumo método, y primor; se ha hecho indispensable una tintura menos sólida de otras facultades, y noticias, como son las siguientes. Historia. Lenguas vivas. Blasón. Música. Viajes. Crítica» (11).

En punto a viajes, el profesor finge haber recibido un papel que envolvía unos bizcochos de la confitería acerca de las «Instrucciones

---

(11) P. 58.

dadas por un padre anciano à su hijo que va à emprender sus viages». En ese papel, un viejo tradicionalista y conservador aconseja a su hijo la conducta que debe observar en un viaje por Europa. Curiosamente, el hijo ha de viajar por idénticos lugares a los que recorrió Cadalso años atrás. Los consejos del anciano parecen ser del gusto de Joseph Vázquez, pero al profesor violeto no le resultan precisamente aleccionadores. Así, interrumpida la arenga del sesudo padre, continúa el alocado maestro: «Aquí estaba roto el manuscrito, gracias à Dios, porque yo me iba durmiendo con la lectura, como habrá sucedido à todos vosotros, y à qualquiera hombre de buen gusto, bello espíritu, y brillante conversación» (12). Y acto seguido copia para sus discípulos cinco reglas necesarias para llegar a ser un perfecto viajero a la violeta. Con esas cinco reglas, que insisten en lo mismo que el resto de las suministradas en el libro, y con otras seis relativas al comportamiento violeto en punto a crítica literaria, se clausura el folleto.

Comienza el *Suplemento* con una especie de prólogo en el que Cadalso sale al paso de una noticia que anunciaba la inmediata publicación de un papel —no otro que la *Junta* de Rubín de Celis— contra sus *Eruditos a la violeta*. Destino extraño el del mencionado papel, pues desde 1781 iba a formar parte del *corpus* habitual de la sátira que combatía. No sabemos si Cadalso había leído la *Junta* antes de redactar el *Suplemento*. Lo cierto es que, como él mismo dice, la polémica no podía sino beneficiar la popularidad de un libro como los *Eruditos*, sobre el que la animadversión de los detractores y el interés del público estaban formando un amplio *dossier*. Una de las piezas clave de ese *dossier* es, desde luego, el *Suplemento*.

Una carta —anónima y supuesta— de una mujer permite a Cadalso justificar la inclusión de las traducciones poéticas que forman la mayor parte del *Suplemento*. Quéjase la dama desconocida en la epístola de que en *Los eruditos a la violeta* no acompañaba el maestro traducciones de los textos latinos que citaba. Quéjase igualmente de la carencia de ilustraciones poéticas en lo que a las literaturas francesa e inglesa se refiere, siempre dentro de aquel martes que dedicaba el profesor a la enseñanza de poética y retórica. Cadalso aprovecha la misiva de la mujer para dejar constancia de su feminismo: «Soy muger, y por tanto, en el systema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Theología, Philosophía, Derecho público, y otras Facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para éstos estudios. El por qué,

---

(12) P. 65.

yo no lo sé, ni creo lo sepan ellos» (13). El profesor violeto, por su parte, accede gustoso a la petición de la dama y aprovecha para decirnos —a nosotros, no a sus discípulos— que ninguna traducción es capaz de dar una idea cabal de la excelencia de su original: una afirmación vigente allí y entonces como aquí y ahora.

Le llega el turno a las traducciones cadalsianas. Todas ellas constituyen un ejercicio literario digno de elogio. Las hay, dentro del ámbito latino, de Virgilio, Ovidio, Horacio, Marcial; una simpática versión en heptasílabos del *Funus passeris* de Catulo, cuatro dísticos elegíacos de Tibulo y seis del Propercio. Del famoso pasaje virgiliano de la aparición de Héctor a Eneas (*Eneida*, libro II, versos 268-297) no da Cadalso traducción, remitiendo al lector a la ya clásica de Gregorio Hernández de Velasco (Toledo, 1555, y sucesivas reimpresiones), pero ofrece en compensación la imitación que del citado pasaje lleva a cabo Nicolás Fernández de Moratín en su tragedia *Hormesinda* (acto I, escena V), diciendo: «Lo que copiaré yo mismo es la imitación que hace de este trozo en su tragedia la Hormesinda, D. Nicolás de Moratín, à quien estimo tanto, como à Poëta, (y no à la Violeta) como quanto à amigo (tampoco à la Violeta)» (14). En esta ocasión no es precisamente el profesor violeto quien habla.

Las traducciones latinas de Cadalso son, en general, correctas y elegantes, pero quizá algo frías en su estricto mármol neoclásico. Para las identificaciones exactas de los fragmentos traducidos de cada poeta romano —tarea, por lo demás, ausente de toda complicación, dada la fama de los pasajes elegidos—, se haría necesaria una edición crítica completa del *Suplemento* (la de Glendinning, publicada en Salamanca en 1967, no incluye las traducciones). Si no me fallan la información o la memoria, los tres opúsculos cadalsianos que conocemos por *Los eruditos a la violeta* precisan todavía hoy de una edición crítica conjunta.

Entre los franceses, Cadalso vierte retazos de Boileau, se refiere a Corneille y traduce un fragmento de la *Fedra* de Racine, haciéndolo primero en prosa y luego en octosílabos castellanos. Después, y en un llamado «Artículo de otra cosa», anuncia sus próximas versiones del *Lost Paradise* miltoniano y aprovecha para bromear con el bueno de Shakespear [*sic*] y Lope de la Vega [*sic*], alegando que «no hubo entre los dos más diferencia, sino en que el señor Lope de la Vega sería un hombre de olla podrida, estofádo, migas, vino de Valdepeñas y Rosario, y que el señor Shakespear sería un hombre que gastaría

---

(13) Pp. 5 y 6.

(14) P. 13.

su *Roastbeef, plumbpuding, good ale, & punch*» (15). Del *Paraíso perdido*, de John Milton, vierte a continuación algunos trozos, entre ellos el comienzo del poema.

Tras las versiones, siguen en el *Suplemento* una serie de cartas muy divertidas de los discípulos violetos a su catedrático. La primera procede de un matemático a la violeta; la segunda, de un filósofo; la tercera la envía un supuesto publici-juris-perito a la violeta; la cuarta, un teólogo; todos ellos hacen referencia en sus epístolas a la lección correspondiente a sus profesiones, deshaciéndose en alabanzas por las enseñanzas recibidas. La quinta, última y más larga, es la remitida por un viajante a la violeta; en ella la crítica cadalsiana se hace más generalizada y trascendente, adoptando un estilo similar al que preside las *Cartas marruecas*, obra acaso más enjundiosa que la que nos ocupa. De cualquier forma, el tono chistoso nunca se abandona del todo: véase, como botón de muestra, al final de la carta el «Post-scriptum», en el que afirma el violeto viajero: «Era mi ánimo salirme unos quince días de España y volver preguntando, no como se llama el vino, y pan en castellano, según v.md. lo aconseja en su muy sólida, madura y benemérita instrucción, sino preguntando, viendo à mi padre con otros amigos suyos: ¿Quién de estos caballeros es mi padre?» (16). Como podemos ver, los discípulos han aprendido bien las lecciones recibidas, llegando incluso a superar en violetismo a su mismísimo maestro.

Clausura el *Suplemento* un apartado jocosamente intitulado «Noticias pertenecientes à esta obra, ò bien anécdotas, ò anecdotas, ò lo que sea, que el demonio de la palabrilla me gustó la primera vez que la oí, la repito siempre que hay ocasión, y jamás la olvidaré, aunque ni entonces la entendí, ni ahora la entiendo, ni la entenderé jamás; pero qué importa no entender una palabra, para pronunciarla con freqüencia, y desembarazo?» Esta última sección se corresponde de algún modo con aquella «Advertencia» que iniciaba aquel «quadernillo de papel» de sesenta y ocho páginas que se llamaba *Los eruditos a la violeta*. Este epílogo, como el prólogo aquel, es redundante. En él nos vuelve Cadalso a explicar quiénes son esos pseudoeruditos y por qué se le ocurrió ridiculizarlos (en el fondo, eso a nosotros no nos importa, porque de alguna forma es extratextual esa manera de buscar motivos y justificaciones). Lo que sí interesa es el asombro con que el autor confiesa asistir al éxito de su «papel irónico» (no consigue explicarse cómo pudo venderse la primera impresión —ex-

---

(15) P. 48.

(16) P. 79.



cepto veintisiete ejemplares, «para que el diablo no se ría de la mentira»— antes de que pudiera anunciarse en la *Gaceta*) y la exposición que hace al final de una de las críticas que se han cernido sobre su librito, a saber, que el propio Cadalso se había retratado en la descripción del auténtico erudito a la violeta. Aquí nuestro autor se defiende: «Si se entiende por Erudito à la Violeta un hombre que sabe poco, declaro que me he retratado con vivísimos colores... Pero si se entiende por Erudito à la Violeta... uno que, sabiendo poco, aparente mucha ciencia, digo que no se me parece la pintura ni en una pincelada» (17). De este modo termina el *Suplemento*.

*El buen militar a la violeta*, publicado póstumamente en Sevilla (1790), no es sino una carta más de un discípulo violeto —en esta ocasión, un capitán— a su catedrático, Joséph Vázquez. La epístola del alumno está fechada en Pafos, isla de Chipre (la referencia geográfica es exacta), el 1 de diciembre de 1772. Ignoramos el porqué de su exclusión del *corpus* del *Suplemento*. Probablemente llegará tarde a los tórculos de Sancha, o quizá Cadalso, a pesar de la fecha, no lo hubiese redactado aún. Tal vez su extensión hiciera sobrepasar los límites exigidos a un folleto por el editor. Lo cierto es que, en lo que se refiere al detalle cronológico o a la motivación oculta, nos movemos en un plano puramente conjetural. Por otra parte, parece lógico que Cadalso, un militar, incluyese en la sátira su propia profesión, dibujándose un poco a sí mismo en el retrato de ese capitán que escribe desde Chipre a su maestro en violetismo. Que el *Buen militar* fue, al menos, retocado con independencia respecto de las otras cartas de discípulos, lo prueba el texto siguiente: «Quisiera yo, por aquella natural propensión con que nacemos los Nobles al distinguido ejercicio de las Armas, que, en gracia de tan honrosa y necesaria carrera, tomase Vmd. el trabajo de sacar, por vía de suplemento, un *Tratadito del buen Militar a la Violeta*, con cuya instrucción se lograría de una vez tapar la boca a los pocos viejos y desaliñados militares que se deshacen en invectivas contra la multitud de jóvenes que, con gloriosa emulación, aspiran a sepultar en perpetuo olvido aquella rancia fama adquirida por nuestros antiguos Capitanes, cuyo mal dirigido valor y falta de instrucción los hizo acreedores justamente a la crítica de algunos Sabios extranjeros, sonrojo que aún en el día sufre nuestra juventud militar» (18). A mí me parece que en ese tratadito que menciona el capitán violeto, y que constituiría su propia carta, funcionó siempre

---

(17) P. 82.

(18) Pp. 301 y 302.

aparte de los demás papeles del *dossier*. De cualquier forma, las espadas siguen en alto.

Juan Sempere y Guarinos, en pleno siglo XVIII, ya saludó en los *Eruditos* «una sátira ingeniosa y muy bien escrita contra cierta clase de gentes que aparentan saber mucho, habiendo estudiado poco» (19). Fija el estudioso su atención de ilustrado español en pasajes como la carta del viajante violeta a su catedrático; en ella —afirma Sempere— se pugna por desterrar las falsas ideas que sobre España se han forjado algunos ilustres viajeros extranjeros que no viajan (léase Montesquieu) y ciertos españoles.

Desde Fitzmaurice-Kelly y Cejador hasta Antonio Papell (en su aportación sobre el tema a la *Historia general de las literaturas hispánicas*) se ha venido considerando *Los eruditos a la violeta* como la obra maestra de Cadalso. Hoy aparece mucho más postergada por la crítica, en beneficio de las *Cartas marruecas*, objeto de innumerables estudios por parte de nuestros especialistas, e incluso de las prerrománticas *Noches lúgubres*. Para hacernos una idea de la popularidad que gozó *Eruditos* en el siglo XIX (siglo que, en cambio, tendió a minusvalorar la figura de Cadalso en las letras españolas), reproduciré aquí un pasaje de Menéndez Pelayo: «José de Cadalso, mediano escritor en todas sus obras, excepto en la sátira en prosa que tituló *Los eruditos a la violeta*, precisamente porque en ella se retrató de cuerpo entero, siendo, como era, hombre de instrucción varia y superficial, aunque de culto y despejado ingenio» (20). El que se haya visto en Cadalso un trasunto de los personajes que él mismo criticaba no es, desde luego, nada nuevo, pues hemos visto cómo el propio escritor se defendía de esa acusación al final del *Suplemento*. Una opinión similar a la de don Marcelino fue mantenida por Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, a mediados del siglo XIX: «La erudición de Cadalso no era ni muy amplia ni muy profunda, y podría decirse que, sin caer en ello, se satirizó a sí propio en *Los eruditos a la violeta*. Pero esta erudición escasa era de buena ley y grandemente acomodada para ayudar al impulso de filológica reforma que cada día tomaba mayor vuelo y ensanche» (21).

Por no omitir los antecedentes literarios que la crítica ha constatado en los *Eruditos*, me referiré a ellos brevísimamente. Además

---

(19) *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, II, Madrid, 1785, p. 22.

(20) *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. E. Sánchez Reyes, III, Madrid, 1962<sup>3</sup>, página 295.

(21) *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, BAE, LXI, Madrid, 1869, p. CVI.

del «Prólogo» ya citado del *Quijote*, cabe nombrar *La culta latiniparla* y el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, de Quevedo, así como la *Virtud al uso y mística a la moda*, de Fulgencio Afán de Ribera. Existe también un poema italiano, *Il giorno*, de Giuseppe Parini (1729-1799), que cuenta con todo detalle la jornada de un petimetre; las dos primeras partes de ese poema, «Mattino» y «Mezzogiorno», se publicaron, respectivamente, en 1763 y 1765; quizá Cadalso las conociera, porque el lechuguino de Parini, lector incansable de Voltaire y de novelistas galantes, chiflado por los perfumes y amigo de las chucherías, tiene mucho de violeto (y viceversa) (22).

Hay un soneto anónimo, conservado en un manuscrito propiedad del Museo Británico, que se diría redactado por uno de estos perfumados muchachitos a los que sedujo la erudición superficial. Dice así:

*Yo sigo el catecismo de Voltaire,  
venero al Kauli Kan y al Espi3n,  
y formo mi peque1a Inquisici3n  
de Montesquieu, Rousseau y D'Alembert.*

*Vocifero que Espa1a es el taller  
de la Ignorancia y la Superstici3n;  
cito a Nollet, Descartes y Newton,  
y en todo arrastro al Padre Verulier.*

*Digo intriga, detalle, dessert, glasis,  
murmuro de los frailes sin cesar,  
y alabo cuanto aborta otro pa1s.*

*Yo no dejo jams de cortejar;  
a N1poles celebro, y a Par1s,  
pues, ¿qu3 empleo me pueden hoy negar? (23).*

En el plano hist3rico, parece probable que, como dice Glendinning, el soneto se dirija contra los ministros extranjeros que gobernaron en Espa1a, pero a m1 no deja de evocarme un ambiente violeto.

Las conclusiones que se deducen de *Los eruditos a la violeta* son, pese a la agudeza de los chistes y al tono general de buen humor, desalentadoras. El mismo catedrático a la violeta, festivo y jocoso en apariencia, participa de ese desaliento en ocasiones: la sociedad —esa masa informe e inculta— lo ha obligado a aceptar el papel de violeto, que es, desde luego, un papel que triunfa, pero que

(22) Julio M. Mesanza, traductor de Sannazaro y de Alfieri, tiene en prensa una versi3n del poema de Parini en castellano r1tmico, con largo estudio preliminar y notas exeg3ticas.

(23) *Apud* N. Glendinning: *Historia de la literatura...*, cit. en n1m. 3, p. 25.

él no ha elegido (24). Y es que no son esos jovencitos pedantes y atildados, presumidos y tiernos, los auténticos destinatarios de la crítica de Cadalso, sino la sociedad, una sociedad que se le antoja —a diferencia de otros ilustrados— irredimible, una sociedad que permite —y seguirá permitiendo— que la apariencia triunfe y la verdad sea vencida.

*LUIS ALBERTO DE CUENCA*

Don Ramón de la Cruz, 28  
MADRID-1

---

(24) Cfr. N. Glendinning: *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, 1962, p. 58.